

LA GRANDEZA DE SER SACERDOTE

Me pregunto qué razón esconde ese gesto displicente, negativo, incluso escandaloso, que ponen muchos muchachos cuando se les propone la posibilidad de ser cura. Creo que puede haber numerosos casos de ignorancia o pobreza de fe. Pero me preocupa el caso de jóvenes bien formados y con un razonable vida religiosa. ¿Por qué estos chicos, cercanos a la parroquia, a la comunidad religiosa, practicantes de hecho, no se plantean la vocación sacerdotal? ¿Padecerán acrofobia, que significa “pánico a la altura”, y se conformarán con vivir a ras de suelo?

La vocación sacerdotal es, efectivamente, alta, grande y maravillosa:

1 – Porque sus palabras hacen presente verdaderamente al mismo Cristo.

San Jerónimo escribió: *“No basta que el Sacerdote viva exento de pecado: debe estar tan adornado de virtudes, que siempre esté ocupado en las cosas santas y pronto a ofrecer el sacrificio por el pueblo. Es como el mediador entre Dios y el hombre, y tiene potestad para formar con su sagrada boca la carne del Cordero divino”*.

2 – Porque los juicios que hacen en la tierra son respetados en el mismo cielo.

San Juan Crisóstomo, nos ofrece estas palabras: *“¿Puede haber cosa comparable a la honra del Sacerdocio? El cielo saca la principal autoridad de sus juicios, de los que se hacen en la tierra. Estos jueces espirituales tienen su tribunal en la tierra, y el mismo Señor sigue las decisiones de sus siervos, y ratifica en lo más alto del cielo cuanto han juzgado ellos en esta baja región del mundo. El Sacerdote está como en medio de Dios y el hombre para traernos los beneficios que Dios nos envía, y para presentarle las peticiones que le hacemos: para reconciliarnos con Él, para desarmarle en su ira y para apartar de nosotros sus castigos cuando le hemos ofendido”*.

3 – Porque sus pobreza no ensucian jamás las riquezas que reparten.

El obispo de Tagaste, San Agustín de Hipona, se atrevió a decir: *“En cuanto al ministro orgulloso, hay que colocarlo con el diablo. Sin embargo, el don de Cristo no por ello es profanado: lo que llega a través de él conserva su pureza, lo que pasa por él permanece limpio y llega a la tierra fértil... En efecto, la virtud espiritual del sacramento es semejante a la luz: los que deben ser iluminados la reciben en su pureza y, si atraviesa seres manchados, no se mancha”*.

4 – Porque cuando el trabajo de los hombres concluye, el suyo continua.

Sóren Kierkegaard, uno de los pensadores religiosos de todos los tiempos, nos dejó esta página tan conocida: *“En los momentos decisivos de la “crisis” serán los mártires los únicos que podrán regir el mundo, pero nunca al estilo de los conductores humanos de acá. Lo que entonces hará falta son sacerdotes, no soldados ni diplomáticos.*

Sacerdotes, con poder de disociar a la masa y hacer de ella hombres, individuos; sacerdotes sin muchas pretensiones de estudio y a nada menos aplicados que a mandar; sacerdotes poderosos en palabras, a ser posible, pero no menos poderosos en callar y aguantar; sacerdotes concededores del corazón humano, pero no menos maestros en contener sus juicios y sus anatemas; sacerdotes que sepan usar de su autoridad temperándola con el arte del desprendimiento y desinterés; sacerdotes preparados, educados y formados para obedecer y sufrir, que así puedan mitigar, amonestar, edificar, conmover, pero también rendir, no por la fuerza, todo antes que eso, no; sino obligar con la propia obediencia y, sobre todo, sufrir con paciencia todas las intemperancias y malos modos del enfermo, sin alterarse... Porque el linaje de los hombres está enfermo, espiritualmente enfermo, y enfermo de muerte”.

Joven amigo, plantéate tu vocación sin complejos. Puedes ser sacerdote. Anímate.